

Relatos de un lírico socarrón

Dámaso Santos

Bajo el bien alusivo título a la doctrina de la participación generativa del receptor, *Cuentos para lectores para cómplices*, Antonio Pereira reúne un conjunto de relatos -algunos corregidos, modificados- de entre sus colecciones, más algún otro «de varia y dudosa lección». Pereira es un poeta bien conocido y estimado, pero reacio al encuadramiento y la antología - últimamente autoantologizado- de grupo, tendencia o generación. Como narrador cuenta con algunas novelas y un buen número de relatos cortos que se comentan con creciente admiración.

Ricardo Gullón subraya en sustancioso prólogo su presencia con la ponderación de esta preciosa litotes: «...domina el arte de la narración breve con una destreza no inferior a la de sus coetáneos mejores». Viajado y terruñero, lírico y socarrón, leído hasta el culturalismo inevitable, y observador atentísimo de la vida corriente, Antonio Pereira, hace participar a su narrador, autor implícito, en la comisión actante con toda su filosofía y experiencia: trasuntado alter ego, parejo en púlpitos e intuiciones. A este propósito recuerda Gullón *Huerto de cruces* de Gabriel Miró, de mínimo ocurrir, y lo demás paisaje. «Esta historia -comienza Pereira el brevísimo El hilo de la cometa- podría escribirla un novelista o servir para una película». El narrador junta un instante a un hombre y una mujer que han despedido en Barajas a sus respectivos. Nada. Un café con leche y adiós. Si esta historia -que en su brevedad tiene una intensidad increíble- «la estuviera escribiendo -repara el narrador- un novelista o un guionista de cine, terminaría de otra manera. Pero yo soy Juan y sé cómo acaban en mi vida las aventuras». La cosa queda ahí para el despliegue que quiera -psicológico, fantástico, policial- obrar para el consumo.

La sorpresa exigida por el decálogo de Horacio Quiroga, que cita Gullón, es eso. Esa ambigüedad o trémula nadería del encuentro - tan azoriniano- de un hombre y una mujer desaparecidos cuando sus otras mitades se habrán juntado volando sobre el océano...

Sutil complejidad en la breve o más ancha acotación, hermetización poética en juego de alternada, interrumpida, muestra y ocultación argumental. Binaria, si breve. Si más larga, todo un sinuoso tejido contrapuntístico de apuntes simbólicos y naturalistas; referentes actuales, memoriales o soñados. En uno de los relatos más largos y complejos, más elaborados y perfectos -más misteriosos y ambiguos también -*Las erotecas infinitas*, se enuncia el método, el inquietante modelo o fatalidad:

«Aquel bote de leche condensada y en su etiqueta un niño que sostiene un bote de leche condensada, donde la etiqueta tiene el mismo niño...» Ya no es leche lo que eleva ese bote sino cielo y mar, vivir y pensar, soñar y despertar en la obstinación del niño agustiniano con su concha en la playa. Cavilar y contar, que decía un título de Azorín. Bote a bote, concha a concha, Antonio Pereira va creciendo un trasmundo que espeja a trocitos de mirífica limpidez. Donde bulle -como Gullón describe- la rememorización de lo posible nunca sucedido o sucedido en un ayer casi mítico cuya premonición proyecta la amarga sombra de un ayer. Espejo que ha traspasado con creciente resolución el alter ego de Antonio Pereira saltando de la anécdota a la categoría -y viceversa- con todas sus ingenuidades, sabidurías, curiosidades, ensoñaciones, simpatías y repulsas. Cuentos, efectivamente, para lectores cómplices entre los cuales figura - irónico o asombrado- el propio autor.